

Hostil desconsuelo

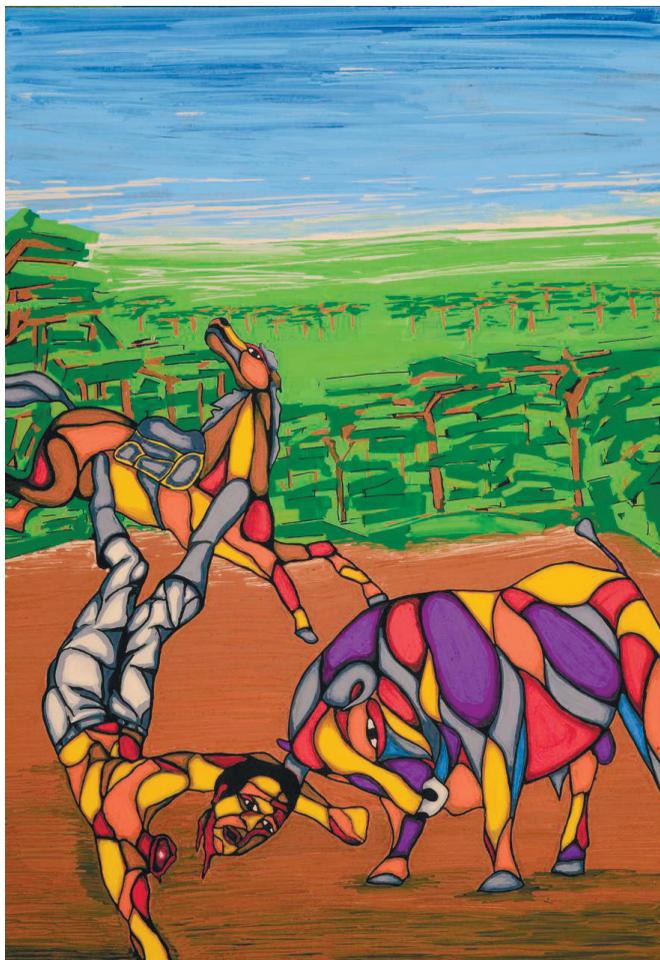
Judith Nieto

I Resistir, el mensaje vigente en *La vorágine*

La vorágine puede leerse como el relato de la selva a donde llegaron Arturo Cova, el amante infiel, y Alicia, la mujer celosa de rostro de veloz palidez. De este modo, la novela cuenta una historia de amor, lograda por José Eustasio Rivera quien en su prosa da cuenta del conocimiento que tiene de aquello que habita en las honduras de la selva y del alma humana.

Así es, en la hoy celebrada novela de Rivera hay una historia que muestra la fertilidad de los llanos y de la selva amazónica colombiana y los entreveros de un amor que languidece desde sus inicios. Sí, en *La vorágine* se confirma que al corazón no lo asisten las preguntas, lo cercan el apuro sin destino y el asomo del miedo, únicos recursos que ofreció la selva a quien recorrió sus bordes oscuros antes de tener que llorar todas sus desventuras.

Pero, al lado de los acontecimientos del corazón, urge destacar que *La vorágine* se escribió sobre la superficie de la historia colombiana. A través de los renglones sinuosos se describe la atribulada geografía de la selva amazónica, cuyos te-



© Canen García, *La vorágine*, "Tragedia en el coleo", 2014

rritorios y pobladores son víctimas del despojo, la violencia y la muerte hasta hoy en día. Razones suficientes para entender que el mensaje literario de Rivera está vigente a una centuria, que pervive la denuncia del hombre que, incluso en tiempos actuales, domina, avasalla, esclaviza y mata. ¡*La vorágine*, en 1924 y en 2024, es una clara apelación a la resistencia!

II

Bautizo de dolor

Un territorio inabarcable espera a Arturo Cova, una vez emprende el viaje de aventura y huida hacia los llanos. La selva amazónica se muestra como promesa de un destino no trazado, incierto, difícil y enredado entre sus matorrales, capaz de transformarse en su superficie verde apenas entrevista en el espesor negro por donde avanzan los dos enamorados en un recorrido de amor, desventura y miedo.

¡Quién lo creyera!, se trata de un trayecto adelantado por Arturo y Alicia, de cara al abandono precipitado, entrega a la que se abocan sin detenerse a pensar que la pesadumbre también es promesa de lo inconmensurable que puede estar en la espesura y en lo agreste o en la presencia de la tosquedad que, no necesariamente es augurio, sino anuncio de turbulencia en su fondo donde el cielo para ellos se oscureció.

Así, la espesura se los traga sin señal de promesa. La tierra dilatada, donde él y ella penetran, es la misma que los consume, los condena al no retorno y al vacío donde la levedad de las hierbas contrasta con el bosque cuya naturaleza en reposo atrae y condena. Esa es la selva del Casanare y de la Amazonía que describe José Eustasio Rivera en *La vorágine*. Allí el lector se sumerge, se detiene tras cada frase y toma aliento para continuar con sus ojos sobre el prolongado renglón que hace oír el silencio sopesado, la espera tensa, la inquietud lejana y la vigencia del tiempo tembloroso de la selva, aquella que a veces se presenta esplendorosa para una fuga desesperada, donde los protagonistas reciben un “bautizo de dolor”.

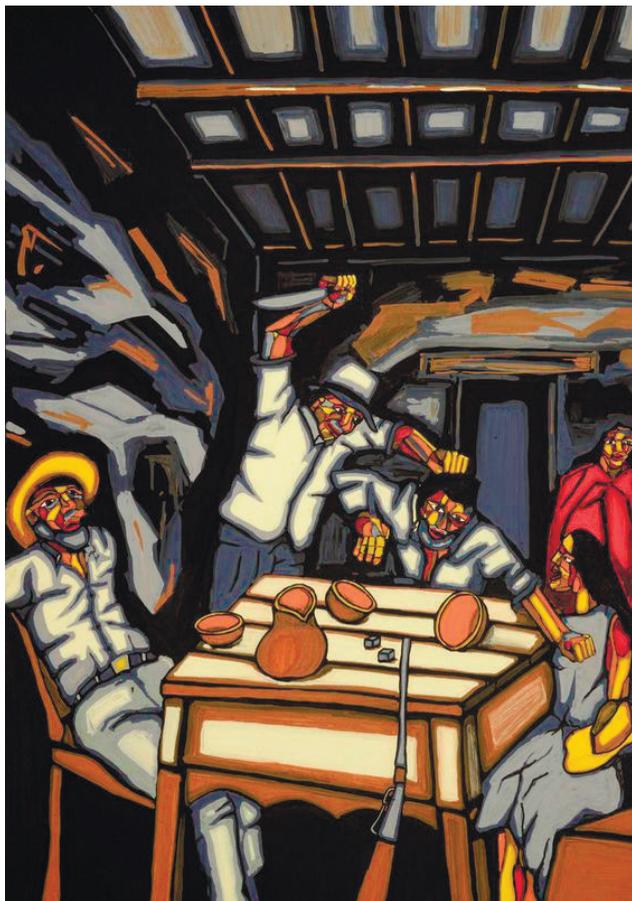
III

Sueño herido

Por momentos, las palabras parecen fugarse como si quisieran imitar a los amantes en su rumbo azaroso hacia la tiniebla de lo desconocido y a la meta impensada. La imagen de un tiempo aquietado desdibuja el ensimismamiento de Arturo Cova, quien, desconociendo los designios impuestos por el destino, jugó y perdió desde la primera partida. Sin embargo, insistió en el desafío y terminó abocado a la tenebrosidad que solo mostraba el allá lejano, la luz de la perpetuidad de los llanos y la opacidad de la selva, aquella que finalmente lo devoraría porque ¡en la selva nocturna la pesadilla escarba!

Pero el estado de fuga no se interrumpe para quienes continúan atados al extraño reto cautivador. En uno de tantos rudos amaneceres, Arturo rasga con su mirada el horizonte confuso para confirmar que no le queda más que aceptar que el sol es un sueño herido en sus alturas. La vida de quienes palidecen en medio de la persecución de no se sabe qué esperanza, es amenazada sin misericordia. Un miedo innombrable imposibilita la continuación de los pasos de quienes pretenden avanzar sobre un llano prolongado y cerrado en una selva en espesura. Sin juramento, los labios redimidos encierran un puñado de alarmante vacío. Al final, a todos los acoge la sepultura verde.

Uno y otro paisaje con sus azarosos e inabarcables horizontes cerrados se estrechan para negarles la salida a los extraviados por amor. Además, como maldición inmerecida, les impiden ver una astilla de luz. No hay quién los salve, nadie llega, ni siquiera Tántalo con su sed.



© Canen García, *La vorágine*, "La trampa", 2014

IV

Con rumbo a ninguna parte

Los protagonistas de la hoy centenaria novela emprenden su viaje por el sendero de lo desconocido con rumbo a un destino sin señales. Novela cuyos lectores celebran con entusiasmo, especialmente aquellos conmovidos ante lo que hallan en el territorio de las páginas del título *La vorágine*. Esta novela calca una gramática de la violencia y del despojo y, antinómicamente, permite apreciar cómo, por obra de las palabras, la selva, tantas veces descrita de manera siniestra, se transforma en una aparición poética que hace posible reconocer en estas letras la buena literatura, esa que abre paso al conocimiento de las cosmogonías en aquello que se enseña como *inhóspito*.

No obstante, ¡quién lo creyera!, fuera de toda cicatería, *La vorágine* amplía la visión y concepción de un país presto para que sus escritores lo renombraren y lo transformen a partir de las letras. No importa si ellas salen de la hondura de impensadas geografías colombianas o de la levedad de una pluma persistente en narrar aquello que mueve a quienes, entre amores y engaños, pierden todo interés por conocer la causa de sus infortunios.

Las voces desgarradas de los personajes de la novela sobrevienen al paisaje natural y humano. De allí, Rivera logró traer lo atroz ensartado en una narrativa de solo presentes, pues los tiempos pasados reaparecen únicamente como ejemplo de una realidad que persiste en la fortaleza de cosmografías grabadas en clave de llano y de espesura.

V

La balada de la selva

El contenido se lee en cada vuelta de página y convoca al conocimiento de sus protagonistas, quienes, sin norte ni brújula en el corazón, y desde antes de la partida, ignoraron el punto final del rumbo que los dirigió a ninguna parte.

En definitiva, ¡la lectura de *La vorágine* enseña que lo aterrador de lo inhóspito se puede contar con palabras!

Judith Nieto es escritora y profesora del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Coordina la Cátedra Lectores y Lecturas.